

CAPITULO XXXVII.

MARÍA RESUCITADA CON JESUCRISTO.

JESUCRISTO, que habia predicho muchas veces á sus discipulos que resucitaria el tercer dia despues de su muerte, habria sin duda hecho á María la misma prediccion; y su fe fué mas firme que la de sus discipulos, bien que la de estos hubiese sido mucho menos ejercitada. Nada en la vida de su Hijo, y mucho menos en su muerte, correspondia á las promesas del ángel Gabriel; antes todo parecia contrariarlas. Pero estas promesas debian tomarse en el mas elevado sentido espiritual; y no debian tener su cumplimiento sino despues que el Hijo de Dios se hubiese separado de la tierra. Entonces debia ser grande, reconocido por Hijo de Dios, reinar por su religion sobre los verdaderos israelitas, y empezar acá en el mundo aquel reino que ya no tendrá fin. Para esto era menester que resucitase; tal era la disposicion de los decretos eternos. María creyó con una fe incontrastable que su Hijo resucitaria como lo habia predicho. Mas esta fe, que tendia en el mas alto punto de su espíritu y sobre la cual no podia apoyarse en la reflexion, no impidió que durante todo el curso de la pasion del Salvador, y hasta el momento de su resurreccion, quedase abandonada á la mayor amargura del dolor.

Lo mismo hace Dios con las almas interiores; desde un principio les predice el estado de gloria que ha de seguir á sus pruebas. Mas en todo el tiempo que duran las pruebas, hace de modo que no puedan hallar apoyo alguno en sus predicciones, no permitiéndoles que piensen en ellas, aunque no duden de su cumplimiento.

El Evangelio, que refiere tantas apariciones de Jesus resucitado á los apóstoles, no dice que se apareciese á su santa Madre.

La razon es bien sencilla. Los apóstoles habian de testificar la resurreccion de Jesus; el objeto de su ministerio era publicarlo por toda la tierra: era pues, necesario que los evangelistas refiriesen las principales pruebas que les habian convencido de ello. Pero María no estaba destinada para predicar á los pueblos á Jesus resucitado, y por lo mismo no era necesario que los evangelistas hiciesen mencion de las visitas que de su Hijo habia recibido. Muchas recibió indudablemente, y muy frecuentes, pero su humildad las tuvo ocultas, porque ninguna razon la impulsaba á publicarlas.

Y añado, que ni aún las deseó por mas consoladoras que para ella fuesen, porque en todo estaba sometida al beneplácito de Dios, y que por lo tocante á ella, estaba tan dispuesta á las cruces como á los favores del cielo. Fué seguramente colmada de un gozo inexplicable, viéndole en aquel estado de gloria y de inmortalidad; pero no se dió la menor prisa para gustar de aquel gozo, y hubiera quedado igualmente contenta si no se le hubiese aparecido, y no hubiese sabido su resurreccion sino por conducto de los apóstoles. Como Jesus no la deseaba para sí mismo, tampoco tuvo María sobre este objeto deseo alguno que le perteneciese personalmente. Siempre que se trata de ella, y queremos encontrar la verdad, hemos de ir siempre á lo mas perfecto. Y lo mas perfecto era que tuviese el desprendimiento de que acaba de hablar.

Hasta este punto conduce Dios aquellas almas que quiere hacer llegar á una muerte total. Cuando se hallan en este estado de muerte, queda en ellas extinto todo deseo, y si es del agrado de Dios, consentirán en permanecer en él aunque sea por toda la eternidad. Esto parece imposible á aquellas almas en las que ha quedado alguna chispa de amor propio ó de propia voluntad. ¡Qué! ¡Ser muerto y sepultado, y no desear volver á la vida! No hay duda que seria un verdadero absurdo suponer deseo alguno en una persona muerta. Si ella desease, todavía tuviera vida.

María resucitó pues, con su Hijo, y su resurrección espiritual fué tanto mas perfecta en cuanto habia sido mas entera su muerte. Todo lo obró Dios en ella, muerte y resurrección; y ella le dejó obrar, sin retardar el momento de la una y sin apresurar con sus deseos el momento de la otra. Hé aquí cómo debemos obrar nosotros, en cualquier situación que plazca á Dios colocarnos. Muy pocas almas llegan á tal grado de perfección, porque muy pocos imitan hasta tal punto á María. No obstante, para resucitar como María, se ha de morir como ella. No hay resurrección, propiamente dicha, á menos que no haya precedido la muerte, y la muerte supone la extinción total de la vida.

CAPITULO XXXVIII.

MARÍA SUBE AL CIELO EN ESPÍRITU CON SU HIJO.

No parece haber duda, aunque nada digan de ello los Actos de los Apóstoles, en que María presencié la ascension gloriosa de su Hijo. Ella pues, conversó y comió con él, como los apóstoles y los demas discípulos, por la última vez. Ella vió su cuerpo envuelto en una nube elevarse de tierra, todo resplandeciente de gloria; ella acompañó en espíritu á este Hijo querido, y subió con él al cielo, no pudiendo vivir separada de él en el corazón ni en el pensamiento.

Ella comprendió entonces, mejor que nunca, aquellas palabras que él habia dicho: *Era conveniente que el Cristo padeciese, y que entrase así en su gloria.* (Luc., XXIV, 26.) Ella las aplicó á sí misma, y fundó sobre sus propios padecimientos, cuyo único objeto habia sido su Hijo, la dulce esperanza de volver á unirse con él en la mansión de la gloria.

¿Qué fué la tierra para María, después que Jesús hubo de ella desaparecido? ¿Que vió en ella que pudiese hacérsela amar? Na-

da absolutamente. El llevó consigo al cielo todas las afecciones de su santa Madre, la cual no hizo mas que gemir en la languidez y en la amorosa impaciencia de volver á verle. Desde entonces empezó á padecer un nuevo género de tormento, que no habia aún experimentado, tormento á la vez delicioso é insoportable, tormento dulce y violento, que acabó de hacerla morir á sí misma, pero con una muerte lenta que la consumió insensiblemente. ¡Ah! Cuántas veces exclamó: *¡Ay! ¿Por qué es tan prolongada mi peregrinación? ¿Qué hago aquí en la tierra?* Mas la voluntad de mi Hijo me tiene aquí detenida, y ¡cuánto me cuesta sometirme á ella! María amaba lo bastante aquella divina voluntad para preferirla á su propia dicha, que tenia segura para en adelante; y por este medio entró, pero de un modo excelente, en la disposición de los bienaventurados, siempre prontos á sacrificar su felicidad á la menor señal de la voluntad de Dios. Tal fué pues, el sacrificio que María hizo realmente á cada momento, durante los quince años ó mas que vivió todavía. Así, que después de haber hecho el sacrificio de su Hijo muriendo en la cruz, se sacrificó aún triunfando en el cielo, y murió continuamente al deseo ardiente que tenia de volverle á ver. Para formarse una exacta idea de este nuevo género de padecimiento seria menester tener con Jesús las relaciones que tenia María, ya como su criatura, ya como su Madre. Su Hijo la atraía con una fuerza inconcebible, y al mismo tiempo la tenia alejada de él. Esto era, en cierto sentido, como una especie de pena de daño, causado por el amor recíproco del Hijo y de la Madre.

No somos nosotros bastante espirituales para concebir semejante pena. Algunos santos, que la sintieron al fin de su vida, confesaron que á pesar de sus delicias, superaba todo lo que hasta entonces habian padecido, y que ningun tormento era comparable al del amor puro unido á la privación del goce de un Dios infinitamente amable.

Confundámonos, no diré de no sentir esta pena, sino de no tener de ella la menor idea. No obstante, nosotros somos criaturas
El Interior.

para Dios, y es la mas loca de las ilusiones el amar otra cosa que él. ¡Ah! si nosotros conociéramos todos los motivos de su amabilidad infinita; si nuestro corazon estuviese perfectamente desasido de todo lo demas, ¡con qué vuelo tan veloz se lanzaria hácia Dios, atendida la necesidad que de amar tiene! ¡Qué trasportes no sentiria! ¡Cuán amorosos deliquios, viendo su felicidad siempre ardientemente deseada y siempre diferida, tocándola por decirlo así á cada momento sin poderla alcanzar! ¿Por qué no hemos llegado á este punto? ¿Por qué no nos disponemos por el desprendimiento de todas las cosas y de nosotros mismos, por el deseo, por la aceptacion de las cruces y de las pruebas purificadoras que á ella nos preparan? ¡Insensatos! Queremos gozar de Dios y no queremos entrar en las disposiciones necesarias para gozo tan inefable. Queremos poseerle y no lo deseamos, ni rechazamos lo único que puede destruir en nosotros el amor de todo lo criado y de nosotros mismos, y ponernos y fijarnos en el amor divino; es decir, que queremos el fin sin querer los medios, y llegar al término sin pasar por el camino. ¡Qué ceguedad! ¡Qué locura!

CAPITULO XXXIX.

MARÍA SE PREPARA Á RECIBIR EL ESPÍRITU SANTO.

HABIENDO dicho Jesucristo á sus discípulos el dia mismo de su ascension, que dentro de pocos dias recibirian el Espíritu Santo que debia hacerlos unos hombres nuevos, se prepararon á recibir esta gracia por medio de la oracion. *Todos, dice san Lucas, animados de un mismo espíritu, perseveraban juntos en oracion con las mujeres y con María, madre de Jesus.* (Act., I, 14.) Observad aquí tres cosas. Su concierto y su fraternidad. Esta es la grande ventaja de las comunidades religiosas y de las familias

cristianas, cuyos miembros se juntan todos y se reunen para rogar á Dios. Su constancia y su perseverancia. Pasaron en oracion los diez dias que discurrieron entre la ascension y el Pentecostés, absteniéndose de todo trabajo que no fuese de absoluta necesidad, viviendo en el retiro, el silencio y el recogimiento, y no haciendo otra cosa que invocar á Dios: bajo este modelo se han establecido los ejercicios espirituales, institucion admirable, igualmente útil á los pecadores que á los justos. En fin, la ventaja que les cupo de tener en medio de ellos á María, Madre de Jesus, y de unir con la de esta sus oraciones. Interesemos á María en todas las súplicas que hagamos á Dios para el bien de nuestra alma; empenémosla á rogar con nosotros y para nosotros, pronta está siempre á hacerlo: este es un medio seguro de ser escuchados.

María se dispuso con los demas y mas perfectamente que ellos á recibir el Espíritu Santo. Su oracion fué toda de paz y de amor, no apresurada ni multiplicada. En ella rogó al mismo Espíritu Santo su esposo, pues reconociéndose incapaz de prepararse por sí misma, se dirigió á él.

¡Acabaremos de persuadirnos de una vez que no nosotros solos sino el Espíritu Santo es quien debe orar tambien en nosotros, y que debemos entregarle nuestro corazon para que haga nacer en él aquellos gemidos inefables de que habla san Pablo? Ved á María la mas santa de las criaturas, la mas unida á Dios, la mas encumbrada en oracion, que no presume hacer por sí sola súplica alguna, sino que se recomienda al Espíritu Santo; y nosotros tan imperfectos, tan disipados como somos, pretendemos rogar por nuestros propios esfuerzos: ponemos en movimiento por nosotros mismos todas nuestras potencias: multiplicamos las palabras, las pronunciamos con una inquieta actividad, arrancamos suspiros de nuestro pecho, y creemos haber hecho todo cuando de este modo nos sentimos agitados.

María no se meneaba ni hablaba, apenas se le oía respirar; su oracion pasaba en su pecho de un modo tan sencillo, que ella ca-

si no lo advertia; tan directa que nada reflexionaba; tan secreta, que nada la percibia. Excelente era sin duda su oracion. Y si nosotros orásemos de este modo nos creyéramos que no oramos: queremos distinguir y observar todos nuestros actos, queremos reflexionar sobre ellos, y dejarnos asegurados de que están bien hechos. En una palabra, consideramos la oracion como obra nuestra, y apenas creemos que el Espíritu Santo haya de tener parte en ella, cuando nuestro único negocio ha de ser obrar segun su inspiracion.

¿Queremos pues, recibir el Espíritu Santo como María? Preparémonos como ella, sin inquietarnos, sin precipitarnos; no contemos con nuestros esfuerzos, bien convencidos de que nada podemos por nosotros mismos; y supliquémosle con humildad y confianza que ponga él mismo en nosotros las disposiciones necesarias. ¿No es verdad que desde que el Espíritu Santo no ruega ya en la mayor parte de los fieles, y que creen no necesitarlo hallando oraciones ya hechas en los libros, no derrama ya en nosotros aquellos dones, aquellas gracias que forman los verdaderos cristianos? ¿Qué libros tenian los apóstoles, qué libros tenia María para que les ayudasen á orar? Ninguno. No buscaban ellos sus súplicas en otra parte que en su propio corazon, y para encontrarlas allí recurrían al Espíritu Santo, á quien llama la Escritura *el Espíritu de oracion*.

Ya sé que para orar así es necesario un recogimiento habitual, un corazon despegado de las cosas de la tierra y elevado *hacia lo alto*. Mas ¿qué viene á ser la vida cristiana si no es una vida recogida? ¿El cristiano fué criado para pegarse á la tierra? ¿Su esperanza, sus pretensiones, sus deseos no deben tender al cielo? Imitemos á María en todo, para tener parte en las gracias inmensas que recibió de su Esposo.

CAPITULO XL.

MARÍA RECIBE EL ESPÍRITU SANTO.

MARÍA habia sido saludada *llena de gracia* por el ángel Gabriel. ¿Qué parece podia añadirse á esta plenitud? Nada segun nuestras ideas; mas segun las ideas de Dios, ella entonces se hallaba no mas que al principio de la santidad á que queria él elevarla. Despues de haber partido el ángel, recibió en su seno al Autor mismo de la gracia: nueva plenitud, respecto de la cual la primera era, por decirlo así, un vacío. En su alumbramiento nuevas creces de gracia: cada vez que ella cambiaba de estado era para pasar á otro mas sublime: y así como Jesucristo desde su infancia iba creciendo en sabiduría y en gracia, segun la santa humanidad, lo mismo en cierta manera sucedia con su Madre. El mismo, por las diversas pruebas que le hizo pasar, no tuvo otro objeto sino aumentar su santidad. El grande sacrificio que hizo ella junto á la cruz nos parece habernos puesto el colmo á esta santidad, y no nos es posible adelantar mas nuestra imaginacion.

Mas ¿quién somos nosotros para poner límites á la perfeccion á que Dios pretendia sublimar á María? Todavía tiene en sus tescros inapeables gracias que comunicarle, y es necesario, si me es lícito hablar así, que ella apure estos tesoros. El Espíritu Santo su esposo quiere enriquecerla mas y mas, descende de nuevo sobre ella, y él, que es el amor infinito del Padre y del Hijo, ensancha y vuelve en cierto modo inmenso el corazon de María, á fin de que se llene de él tanto como puede ser de ello capaz una pura criatura.

Y ¿qué recibe ella? ¿Qué! ¿Recibirá como los apóstoles el don de lenguas, el don de milagros, el don de profecía, el don de cien-

cia, los demás dones de que necesitaron para establecer la religion? Por excelentes que fuesen estos dones eran inferiores á los que recibió María. Ella debe contribuir mas que todos los apóstoles y todos sus sucesores en el santo ministerio, á establecer, á extender el reino de su Hijo. Mas no será por la vía de la predicacion y de los prodigios; será por el ardor de sus deseos y por la vivacidad incomparable de su amor. Sí; este amor para con su Hijo, y este amor para con los hombres convertidos en hijos suyos, será el que servirá mas para el progreso de la religion, que todos los trabajos de los apóstoles y de los ministros de la Iglesia. Ellos no serán mas que instrumentos particulares; María será un instrumento universal, pero un instrumento oculto; un instrumento que no obrará exteriormente y cuya virtud se desplegará toda tan solo por efectos interiores. La humildad de María hubiera sufrido demasiado si hubiese tenido que servir de otro modo al establecimiento de la Iglesia. Sus oraciones conseguirán el éxito feliz al ministerio de los apóstoles, y durante su vida nada se le atribuirá; ella lo hará todo para su Hijo, y nadie pensará en ella. Yo no puedo menos de admirar aquí hasta qué punto mira Dios y respeta la humildad de María, su virtud favorita. ¡Oh humildad! ¡cuán preciosa eres á los ojos de Dios, pues que tan querida eres de la Madre de Dios!

El Espíritu Santo en el día de Pentecostés envía á los discípulos rayos de su fuego sagrado; mas los reune todos sobre María, reposa especialmente sobre ella, la penetra, la abrasa con su ardor. La toma de nuevo por esposa, y se da á ella mas plena, mas íntimamente de lo que nunca había hecho. No limitemos, no, el poder divino; pero bien podemos decir con toda verdad que el Espíritu Santo no se ha comunicado, ni se comunicará jamas á criatura alguna con tanta efusion como á María. Obróse en aquel día un cambio prodigioso en los apóstoles, los cuales, de carnales y groseros como eran, se convirtieron en hombres espirituales y divinos. Pero otro aún mayor se obró en María, no pasando como ellos de la imperfeccion á la santidad, sino pasando

de un sublime grado de perfeccion á otro sin comparacion mas sublime. Nada nos costará el creer que en esto no hay exageracion alguna, si reflexionamos que siendo en sí misma infinita la santidad de Dios, nada puede limitar sus comunicaciones exteriores; y que en cuanto á María no guardó otra medida que la que puede permitir la capacidad esencialmente finita de una pura criatura. Y como esta capacidad puede engrandecerse siempre sin salir de los límites de lo infinito, no pongamos dificultad en creer que fué en María de una extension tal, que pasa mas allá de la inteligencia de los hombres y de los ángeles.

¿Qué moral sacaremos de ahí para nosotros? Que pudiendo como podemos, crecer siempre en amor y en santidad, é ignorando la medida que Dios nos tiene prefijada, debemos poner todos nuestros esfuerzos en aumentar cada dia mas en nosotros la caridad y la santidad. Y ¿á qué se reducen estos esfuerzos? A ser siempre mas y mas fieles á la gracia, á abandonarnos siempre mas á Dios, á dejarle disponer mas libremente de nosotros, á hacerle todos los sacrificios que nos pidiere, á soportar todas las pruebas que nos enviare; en una palabra, á ahísmarnos cada dia mas en nuestra nada, á fin de que Dios lo sea todo en nosotros. Vuelvo á decirlo: marcada está nuestra medida de santidad y Dios la llenará ciertamente si lo dejamos á su arbitrio.

CAPITULO XLI.

VIDA DE MARÍA DESDE ESTE TIEMPO EN ADELANTE.

María no se separó ya mas de Juan, á quien tenia en lugar de hijo. Estuvo con él un cierto tiempo en Jerusalem, le siguió despues á Efeso, en donde se cree que ella murió. Así que, en el concilio general celebrado en esta ciudad, fué solemnemente reconocida y declarada Madre de Dios, contra Nestorio que le negaba título tan augusto.

Mas ¿aumentó en gracia durante los quince años que vivió todavía? No hay que dudarle; y sus progresos fueron tanto mas rápidos, cuanto se aproximaba á su fin. El amor que la consumia, el deseo inmenso que tenia de ver á su Hijo, eran para ella á cada momento ocasion de un nuevo sacrificio; y como el amor iba siempre aumentando, estos sacrificios eran siempre mas meritorios para ella. Por manera, que Jesus fué hasta el fin el objeto de las pruebas de María. Para concebir el exceso de esta última prueba, seria menester que pudiésemos comprender el modo con que una madre tal como María amaba á un hijo tal como Jesus; hasta qué punto deseaba poseerlo y serle eternamente unida como al centro de sus afecciones. Cuantas ansias y transportes han sentido en sí mismos todos los santos que mas han amado, no se aproximan á la fuerza, á la vehemencia é intimidad de los deseos de María. ¿Qué hacemos nosotros para ser dignos algun dia de quedar consumidos de amor como ella? Antes de ser víctimas de este delicioso tormento, preciso es pasar por el despojo, la desnudez, la mas completa desolacion.

¿Cuál fué el consuelo de María en lo restante de su peregrinacion? El de alimentarse todos los dias con la carne adorable de su Hijo, incorporársele, y unirse espiritualmente á él. ¿Qué deseo tan ardiente de recibirle! ¿Qué paz tan inefable despues de haberle recibido! ¿Cuán frias son nuestras comuniones, cuán secas y estériles comparadas con las de María! ¡Ah! pidámosle que nuestras disposiciones se parezcan, por poco que sea, á las suyas por el fervor y la pureza del amor. María no se buscaba á sí misma en la comunión: iba á Jesus por solo Jesus, sin desear para ella ni dulzura ni consolacion. ¿Sucede así con nosotros? ¿Es Jesus por él mismo á quien buscamos? ¿Creemos poseerle todo, poseyéndole por la pura y desnuda fe? ¿Y no quedamos desolados cuando no percibimos sentimientos afectuosos, gusto ó lágrimas de ternura?

Otro consuelo inexplicable fué para María el ver la Iglesia naciente de Jerusalem; su Hijo reconocido y adorado por muchísi-

mos de aquellos que le habian crucificado; su doctrina abrazada y practicada en toda su perfeccion. Ver en seguida el nombre de Jesus anunciado á los gentiles, su divinidad altamente confesada y publicada, su reino que empezaba á levantarse sobre las ruinas de la idolatría, y el verdadero Dios glorificado en lugar de las falsas divinidades del paganismo. María no se ocupaba sino en los intereses y en la gloria de Dios; nada mas sobre la tierra era capaz de afectarla, ni de darle alegría, sino el progreso de la religion fundada por su Hijo. ¿Tenemos nosotros algo de su celo? ¿Somos sensibles á los intereses de la fe y de la Iglesia? Reconcentrados en nosotros mismos, y con tal que abundemos en socorros espirituales, de que no sabemos aprovecharnos, ¿no nos es casi indiferente que los otros los tengan ó no? El celo de María abrazaba al universo entero, abrazaba todos los siglos, y se extendia á cada hombre en particular. ¿A qué se extiende el nuestro? Puede que tengamos un poco para nosotros mismos. Mas ¿lo tenemos para el prójimo? ¿Lo tenemos para todos los hombres?

María, despues de haber sacrificado á su Hijo para la salud del género humano, no cesó de rogar, á fin de que este recogiese los frutos de su sangre y de su muerte; y como lo he dicho ya, sus súplicas fueron mas eficaces para la propagacion del Evangelio, que la predicacion y los milagros de los apóstoles. Ella se olvida de sí delante de Dios, para no pensar sino en nosotros: ella nos recomendaba á su Hijo, y le pedia que derramase sobre nosotros sus gracias en toda la serie de los siglos. Las súplicas que hace ahora en el cielo no son mas que la continuacion de las que en la tierra hacia; y desde el momento que fué Madre de Dios, se constituyó nuestra Madre y nuestra intercesora. ¿Rogamos de este modo por los demas? Puede que lo hagamos tal vez, y aún raramente y con poco fervor, por nuestros amigos y allegados. Mas cuando se trata de la salvacion, todos los cristianos, y aún todos los hombres ¿no deben ser nuestros allegados y amigos? El amor propio nos recuerda sin cesar á nosotros mis-

mes, nunca creemos haber rogado bastante para nosotros, y todo al revés de María, delante de Dios olvidamos á todos los demás, por no pensar sino en nosotros solos. Cada cual, se dice, cuide de sí. El negocio de la salvacion es un negocio personal: yo no he de responder sino de mí. No ratiocina así la caridad. Si yo amo al prójimo como á mí mismo, su salvacion no puede serme indiferente; débole al menos el socorro de mis oraciones; y las que yo hago por él, lejos de ser perdidas para mí, me atraen mas gracias que tantas súplicas dictadas por un corazon encerrado en sí propio, que no mira sino su interes. Enséñenos María á tener un corazon caritativo, generoso é inmenso, celoso para cuanto concierne á la gloria de Dios y á la salvacion de nuestros semejantes.

CAPITULO XLII.

MUERTE Y ASUNCIÓN DE MARÍA.

MARÍA murió de amor. Fué su muerte el último deliquio preparado de lejos por muchos otros. Su cuerpo debilitado no pudo por fin sostener los esfuerzos violentos que hacia su alma para separarse de él y unirse á su Hijo. Sucumbió, pues, y esta alma tan pura se halló felizmente desasida de los lazos que la detenian sobre la tierra. La muerte de María, muy diferente en apariencia de la de Jesus, le fué realmente la mas aproximada. La violencia del amor quitó la vida al Hijo y á la Madre, con la diferencia no obstante, de que el Hijo, dueño absoluto de la suya, la sacrificó libremente á su Padre, sin que le fuese arrancada por los tormentos; en vez de que el mismo Jesus fué quien terminó los dias de su Madre, para disfrutar de su amor y prodigarle el suyo. Y si ella fué mártir junto á la cruz, lo fué tambien en su última hora, pues que fué víctima del amor, el mas dulce y el mas violento de los tiranos.

Es una piadosa creencia de la Iglesia, autorizada por la festividad que de ella celebra, y generalmente recibida de los fieles, los cuales se escandalizarian con razon si la viesen poner en duda, que el cuerpo de María, exento de toda corrupcion, no quedó mucho tiempo en el sepulcro, sino que Jesucristo lo resucitó y lo trasportó al cielo, para unir con él el alma de su Madre. Así como Dios el Padre no permitió que la carne de su Hijo experimentase corrupcion, tampoco parece regular que Jesus permitiese lo mismo con respecto á la carne de María, que era la suya. Héosla aquí pues, en el cielo en cuerpo y en alma, gozando de toda la gloria, de toda la felicidad, de todo el poder que un Dios quiere conceder á su Madre.

Más no olvidemos que Jesus no la recompensó así precisamente porque fué su Madre, sino porque fué perfectamente fiel á la gracia en todos los momentos de su vida, y porque habia aceptado y sufrido con valor todas las pruebas inherentes á la maternidad divina. Dios no corona en nosotros sus favores puramente gratuitos; sino nuestras virtudes y nuestros méritos adquiridos por su gracia. Así como la union hipostática no es el título en virtud del cual la santa humanidad de Jesucristo recibió una recompensa en cierto modo infinita, sino que, como dice san Pablo, el haberse humillado y hecho obediente hasta la muerte de cruz fué la causa de que su Padre le exaltase y le diese un nombre que es superior á todo nombre; de la misma manera, no tanto la calidad de Madre de Dios, como la de casta, humilde y fiel sierva del Señor mereció á María tantos honores y tanta gloria. Su amor para con Dios, su olvido y menosprecio de sí misma, su caridad para con los demás, no han tenido igual entre las criaturas; y por esta única razon tampoco tiene igual su felicidad.

Así que, admirando las grandes cosas que hizo Dios para María, admiremos tambien quanto podamos las grandes cosas que hizo María para Dios. Nuestra medida de gracia es y será siempre menor que la suya; pero tambien Dios exige y espera menos